

Saludó con mucha amabilidad á Teresa, y le dijo que asuntos de grave importancia le obligaban á salir, y que volvería tarde. Recomendó á ella y á los criados que se recogieran, y se marchó.

Teresa se metió á su cuarto y se puso á llorar de alegría. Pensaba en Manuel; iba á ser tan feliz con él, que le parecía que el Señor le abría las puertas del cielo.

## IX

## Aventura Nocturna.

Rugiero llevó á su amigo Arturo por uno de los barrios de México, y lo hizo entrar en una casa medio arruinada, y completamente solitaria y silenciosa; luego que Rugiero entró, cerró la puerta, la atrancó con una viga, y ambos subieron la escalera. Las telarañas y el polvo de que estaba cubierta, daban evidentes pruebas de que la casa hacia muchos años que no era habitada; una mecha vacilante de aceite ardía ante un cuadro viejo y medio borrado de la Virgen del Pilar; Arturo se sintió sobrecogido de cierto temor, mas cuidó de no manifestarlo. Su compañero le recomendó el silencio; atravesaron dos ó tres piezas, y en la última, que estaba completamente oscura, Rugiero detuvo á su compañero, diciéndole en voz baja:

—Ya vereis, jóven, lo que es el corazon humano; un mal consejo germina con una prontitud asombrosa:

en cuanto á las acciones buenas, difícil es ejecutarlas; por eso el mundo es, no como Dios lo hizo, un lugar lleno de bosques, de rios, de montañas, de aves, de peces, de oro y de perlas, donde puso al hombre para que gozara de tanta delicia, para que bendijera la mano del que pinta el horizonte con la aurora, y el crepúsculo con los colores de esmalte y de oro, que no puede copiar el pincel humano, del que sustenta al pajarillo, y del que levanta con su soplo las olas del Océano, y enciende con su mirada los luceros y los soles del firmamento, sino una fétida é incómoda prisión, donde no se puede encontrar la felicidad. ¿Pero creéis, jóven, que de todas estas bellezas, que de todas estas maravillas, goza el hombre como debiera?..... No, sin duda; las miserables pasiones lo tienen continuamente sumergido en un fango de vicios: ya vereis lo que pueden la lujuria y la avaricia.

Las palabras de Rugiero, dichas con un metal de voz rarísimo, y en la oscuridad mas profunda, tenían cierto eco misterioso y solemne, que no podia menos de hacer viva impresion en el alma del jóven.

—Vamos, decia, este hombre conoce el mundo mucho, pero habla con cierta amargura, que desconuela. O es muy desgraciado, ó está ya saciado de tanto gozar.

—Mirad, jóven, le dijo Rugiero; pero tened cuidado de no mezclaros en nada. Acontecimientos como este, están ordenados por Dios..... ó por el diablo, y en vano querreis impedirlos, á no ser que os resolvais á pasar mañana por un asesino. Mirad.

Rugiero llevó á Arturo á una mampara, y le indicó un pequeño agujero donde Arturo ávidamente acercó uno de sus ojos: era una pieza sucia, con una pintura antigua y maltratada, y, como la escalera, llena de polvo y de telarañas que pendian de las vigas. En una mesa de madera tosca estaba colocada una vela delgada y un par de pistolas. Junto á la mesa habia un tosco sillón de paja, y en él sentado un hombre embozado en una capa, y cubiertá la cara con una máscara negra. Delante de este hombre permanecia de pié un sacerdote.

—Me jurais, padre, guardar un sigilo como el de la confesion, de lo que pase aquí?

—No puedo jurar, caballero, sino hacer mi deber como ministro de Jesucristo. Se me ha llamado para que confiese á un moribundo. ¿Dónde está el moribundo?.... Cumpliré con mi deber, y me iré inmediatamente.

—Padre, dijo el hombre de la máscara. ¿Una persona á quien le faltan pocas horas de vida, no puede merecer el nombre de moribundo?

—Sin duda.

—Pues entonces no os han engañado; teneis que confesar á un moribundo.

—Muy bien, dijo el padre. ¿Dónde está? Podria preguntar qué significan ese disfraz y esas armas que veo sobre la mesa; pero como ministro de Jesucristo no quiero saber mas que lo que el pecador quiera decirme con arreglo á su conciencia.

—Me agrada sobremanera vuestro lenguaje conci-

so, y vuestra rectitud, padre: así es que, bajo el sigilo de la confesion os digo que una mujer que encontrareis en la otra pieza, va á morir por mi mano: es una infame hipócrita, que sale de su casa diciendo que va á la iglesia, y entra en las casas de prostitucion, y que ahora mismo ha venido á esperar á su amante.

—Es muy extraño ese lenguaje, dijo el sacerdote alarmado: si he venido aquí para ser cómplice de un crimen, permitidme que me vaya.

—Estais muy engañado, padre, le dijo el enmascarado. ¿No es vuestra obligacion confesar á los que van á morir? Pues os repito que no exijo otra cosa de vos, y por supuesto el sigilo de lo que habeis oido, pues de otra manera, vuestra vida iria de por medio.

El padre sonrió con desprecio, y respondió:

—Me amenazais acaso? . . . Esto no me asusta; y si á costa de mi vida puedo impedir un crimen, la daré gustoso: el que ha ofrecido una vez al Señor su corazon, su alma y su vida, no debe temblar jamas, cuando por una buena obra pone en riesgo su existencia.

—Vamos, padre, no querais hacer de mí un procónsul y de vos un mártir. . . . Lo que yo deseo es evitar palabras, y que cumplais con vuestro deber: entrad, y confesad breve á esa mujer. . . .

—Yo no entraré, si no me explicais. . . .

—Lo que tengo que explicaros es muy sencillo: yo tengo la resolucion de matar á esa mujer: si esto es un crimen, lo acepto, y á la hora de mi muerte á vos ó á otro padre lo confesaré. He querido, sin embargo, que antes confiese ella sus culpas, y salve acaso su

alma; y para esto os he llamado: si no quereis, será vuestra toda la responsabilidad.

—Pero esa resolucion es imposible que la lleveis á cabo, porque aun suponiendo que las faltas sean muy graves, la debeis perdonar, evitando al mismo tiempo el remordimiento eterno de vuestra conciencia. Acorzáos de que Dios dice, que si el pecador cae siete veces al dia, otras tantas será perdonado.

—Entrad, padre, dijo el enmascarado, sin darse por entendido de estas palabras; yo os lo ruego; el tiempo urge, y despues de cinco minutos. . . . ya seria tarde. El enmascarado se levantó, y condujo al sacerdote á una puerta, lo introdujo por ella y cerró, diciendo:

—Si este hombre quiere mezclarse en algo, la otra pistola se empleará en él: el diablo sin duda me ha dado una energía que no creia tener.

Arturo estaba como petrificado; le parecia que soñaba.

Rugiero lo tomó del brazo y lo condujo á otra mampara situada en el costado de la pieza, indicándole otro agujero pequeño.

Arturo clavó la vista en él, y como obedeciendo á un impulso sobrenatural y desconocido.

Era otra pieza tan lóbrega y triste como la anterior: en un canapé antiguo forrado de damasco rojo, estaba sentada una mujer jóven, pálida, de grandes y rasgados ojos: los rizos de su cabello negro caian ondeando sobre su cuello de alabastro; un traje blanco le daba mas interes, pues merced á la postura descuidada en que se hallaba, se dibujaban los suaves contor-

nos de su cuerpo. Era Teresa, que nunca habia estado mas interesante que en ese momento, en que el amor y la esperanza le habian dado el inaudito arroj de aventurarse á esas citas peligrosas, á las cuales pueden concurrir solo aquellas mujeres que, como Teresa, están profundamente enamoradas, y que conservan al mismo tiempo cierta inocencia que las hace desconocer los peligros é inconvenientes de tales acciones.

Luego que Teresa vió entrar al sacerdote se puso en pié; sus ojos brillaron con una alegría infinita, y dejó asomar en sus labios una dulce sonrisa de esperanza.

El sacerdote callaba, y no podia comprender cómo estaba tan alegre una mujer que iba á ser asesinada.

—Os aguardaba con impaciencia, padre, dijo la muchacha, haciendo seña al sacerdote para que tomara asiento.

—Supongo, dijo el padre con voz grave, que todo lo sabeis.

—Todo, dijo Teresa con bastante tranquilidad.

—Y estais preparada?

—Sí, padre.

El asombro del padre crecia á cada momento.

—La hora va á dar ya, y quisiera que cuanto antes fuera, continuó Teresa.

—Entonces, contestó el padre, arrodilláos, y oíd vuestra confesion.

—Confesarme!

—Sin duda, replicó el padre.

—Muy justo es, padre.

Teresa cubrió su rostro y su cabeza con un chal de lana rojo y blanco que llevaba, y se arrodilló ante el padre.

Cuando Teresa acabó su confesion, el eclesiástico, que tenia una faz juvenil todavía, pero en la cual estaba retratada la virtud y la caridad, levantó los ojos húmedos de lágrimas, y bendijo á Teresa.

Teresa, sin levantar los ojos, continuó rezando.

La confesion de Teresa era de esas confesiones, que en vez de revelar la maldad del crimen, daban á conocer un corazon virgen y una alma llena de la sencilla y envidiable inocencia de un ángel. Teresa se confesó de que amaba mucho; de que estaba dispuesta á dar por su amante su existencia entera: el círculo de su vida giraba entre la impaciencia y martirios que le causaba su tutor, y la contemplacion de un amor que habia idealizado, con toda la poesía de que es capaz un corazon candoroso y limpio como el de una paloma.

Teresa no dijo al confesor los nombres de las personas; pero fué bastante para que un pensamiento rápido pasara por su cabeza, y le alumbrara.—Esta es una traicion infame, dijo para sí; esta jóven sin duda es víctima de una trama horrible, y no lo sabe. . . . Dios mio, inspírame un medio de salvarla.

—Ninguna otra cosa más teneis que decirme, le dijo el padre?

—Ninguna.

—Es decir, que si, por ejemplo, os sorprendiera ahora la muerte, ¿creeríais entrar en el cielo!

—Sin duda que sí, contando con la misericordia de

Dios. ¡Quién es aquel que se puede decir justificado ante sus ojos!

El padre pensaba, revolvía mil proyectos en la cabeza, y hasta la idea se le venía de cometer una violencia, con riesgo de su vida. Esta criatura es muy joven, muy hermosa y muy santa; no debe morir, á menos que el Señor tenga decretado su martirio. Luego dirigiéndose á Teresa, le dijo con acento profundo:

—Si esta confesion fuera la última de tu vida, dentro de poco debieras morir....?

A estas palabras, un ligero temblor agitó los miembros de Teresa; se puso pálida, y sintiendo que se desvanecía, se reclinó un poco en el canapé. No es la idea de la muerte la que asustaba á Teresa, sino de no ser feliz: recuperada un poco, y sonriendo tristemente, respondió al padre:

—Si es voluntad de Dios que muera yo, me resignaré.... pero desearia morir en sus brazos.

Esta palabra arrojó nueva confusion y dudas en el alma del padre.—¿Qué capricho de mujer será esto? dijo para sí, que se resigna á morir en los brazos de un hombre? ¿Hablará del enmascarado? ¿Será su marido? Si es su amante, la confesion no es buena; y esta criatura, aunque sencilla, tiene en peligro su alma y su vida.... Estoy resuelto á aclarar este misterio.

—Hija: tengo que consultar con un caballero necios que pertenecen á tu alma y á tu cuerpo; así, volveré á verte.

—Haced lo que querais, le dijo la muchacha con una voz dulce, y besándole con respeto la mano.

El padre salió, y Teresa se dejó caer de nuevo, murmurando entre dientes: ¿á qué horas vendrá Manuel?

Teresa aguardaba á Manuel llena de amor, de susto, de esperanza.

La puerta se abrió, y el hombre enmascarado entró.

—Manuel; eres tú? dijo Teresa, yendo hácia la puerta.

El enmascarado se descubrió.

Teresa se tapó los ojos con las dos manos, y retrocedió exclamando: ¡D. Pedro!

—Don Pedro permaneció inmóvil.

Teresa, pasando un rato, se arrojó á los piés de su tutor, diciéndole:

—Pues lo sabeis acaso todo, perdonadme.

—Te has confesado, Teresa? le dijo D. Pedro con voz bronca.

—Sí, para casarme con él.

—Para morir! gritó D. Pedro, y luego continuó con voz apagada: si tienes algo mas que decir á Dios, que sea breve.

Teresa cayó en el suelo anonadada; y luego, arrastrándose á los piés de D. Pedro, exclamó: Perdonadme, señor; venia á casarme con él: ¿qué os cuesta darme esta felicidad?

—Don Pedro hizo un gesto infernal, y apoyó el cañon de la pistola sobre la frente pálida de Teresa.

Arturo quiso en aquel momento romper la mampara, pero Rugiero lo asió de la cintura, y con una fuerza sobrenatural lo sacó de la pieza, lo bajó por la escalera, y abriendo el zaguan lo puso en la calle, y desapareció entre las sombras.

Arturo permaneció inmóvil un rato; se limpió los ojos, se tocó la frente, y un sudor frío corría por ella. Cerciorado de que no soñaba, y poseído de un raptó de furia, quiso entrar de nuevo, pero se encontró con un hombre que lo detenía. Preocupado, alzó un bastón con puño de fierro que llevaba, y aplicó en la cabeza al hombre un golpe: el hombre cayó, dando un ronquido.

Arturo, que lo vió, se inclinó y reconoció al capitán Manuel.

Maldición! exclamó; lo he matado, y no puedo salvar á su querida; y ya fuera de sí, abandonó la fatal casa, y echó á andar precipitadamente por en medio de la calle.

## X

## Bosquejos de la vida íntima.

Cada hombre es una novela; cada mujer un enigma incomprendible; cada casa una ciudad; cada ciudad un mundo entero, y el mundo un grano de mostaza; y el hombre y la mujer unos locos llenos de miseria y de pasiones. Sin embargo, del hombre, de la mujer, de la casa y de este grano de mostaza en que habitamos se pueden sacar lindas historias, y contarse sorprendentes maravillas.

Hace algunos capítulos que hemos echado en olvido á Celeste; pero el presente lo consagraremos á referir, muy en compendio, la historia secreta de una muchacha encerrada en un miserable cuarto, sin mas compañía que dos viejos moribundos, y sin mas auxilio que Dios.

Se ha dicho que el viejo insurgente, padre de Celeste, no era del todo pobre cuando se casó: todavía en la época en que la niña comenzaba á crecer, no es-

taba reducido á pedir su sueldo de limosna en las oficinas del gobierno. Todo el mundo sabe lo que hace un padre por su hija: los piesecitos de Celeste estuvieron sujetos por lindos zapatos de seda; sus redondos y delicados miembros se cubrieron con cambray, muselinas y encages; sus cabellos sutiles se vieron enlazados con perlas y rubíes, y sus oídos se recrearon muchas veces con los gorjeos de los pájaros, con la música de los relojes y con la armonía del piano, cuyas teclas recorrían sus dedos de rosa.

Una vez que la miseria asoma su cabeza por una casa, no tarda en recorrer todos los aposentos: un día el padre de Celeste vendió el piano; al día siguiente los candeleros y floreros; al tercero, fueron las sillas y sofaes; y para no cansar al lector, en poco tiempo las paredes quedaron sin cuadros, los suelos sin alfombras, las piezas sin muebles, el comedor sin loza, la cocina sin lumbre: cada cosa de estas que se vendía, era un dolor sordo que enfermaba el corazón del pobre padre, y un motivo de lágrimas para la madre.

En cuanto á la niña, como conservaba sus muñecas de trapo, sus trastos de barro y sus juguetes de cartón, veía salir todos los muebles de su casa, con la sonrisa de la inocencia en los labios; y si veía llorar á su madre, corría á colgársele del cuello y á acariciarla: la pobre madre lloraba, no porque fuera una mujer frívola ó avara, sino porque todo lo quería para su hija, y veía día por día que nada podía dejarle.

Esto causó una mortal tristeza á la señora; se pasaba los días sin tomar alimento, y las noches en una

dolorosa vigilia, con una idea fija, inseparable, eterna, que la hacía exclamar cada momento: ¡cuál será el porvenir de mi hija!

No pasó mucho tiempo sin que se mudaran á una pobre vivienda de una casa de vecindad, y allí se aumentó la tristeza de la madre. La hija crecía; y aunque mas reflexiva, parecía que no le afectaba en lo mas mínimo el cambio de situación.

La madre cayó al fin enferma, y entonces crecieron las angustias del marido, y se resolvió, como hemos dicho, á pasar los días en palacio, implorando la compasión de los ministros, de los empleados, y hasta de los porteros, miserables canes echados á los pies de los que en nuestro pobre país se llaman hombres grandes, y para quienes la necesidad y la indigencia solo tienen insultos y desprecios. El padre había respetado en medio de su miseria los vestidos de Celeste; de suerte, que esta calzaba siempre zapatos de seda, y vestía camisas de lino y de muselina. Un día, el viejo, agobiado é incapaz de andar, llevó, como hemos dicho, á su hija al palacio: Celeste peinó sus hermosos cabellos, calzó sus pequeños pies, ciñó con el corse su cintura de abeja, y salió con su padre, alegre, risueña, encantadora: todos los que en la calle pasaban junto á ella la miraban con atención, y oía susurrar en sus oídos las palabras: *divina, celestial muchacha*.

Llegó á palacio, y la escena cambió: de los grupos de militares libertinos oía salir palabras que por primera vez herían desagradablemente sus oídos; los elegantes que rodeaban á su padre, llenándolo de cum-

plimientos, echaban á hurtadillas miradas lascivas sobre ella: algunos le dijeron palabras al oído, que no entendió, pero que le disgustaron; y hubo quien atrevidamente le hiciera esas toscas caricias de la plebe, que se llaman *pellizcos*. Celeste, sin comprender cuánta maldad, cuánto libertinaje habia en estos hombres, que abusaban de la enfermedad de un viejo y del candor de la pobre hija, sintió que sus mejillas se cubrían de rubor, é instintivamente tuvo miedo de ellos: cuando regresó á su casa estaba triste y pensativa, y viendo que su padre estaba cabizbajo, y que una lágrima corría por sus mejillas, se aventuró á preguntarle qué tenia.

El padre, con voz grave, le respondió:

—Miseria! hija mia.

Esta palabra descubrió á Celeste el abismo por donde, descuidada y sonriendo, habia pasado: se acordó entonces de que un día habia salido el piano, otro los candiles, y finalmente, todos los muebles: todas estas escenas, que no habia podido entender, se las explicaba naturalmente con la palabra *miseria*; y comenzó á reflexionar.

Miseria quiere decir, que mi madre necesitará de médico, y que si no hay con que pagarle, el médico no vendrá.

Miseria quiere decir, que si mi madre necesita medicinas, en la botica no las darán de balde.

Miseria quiere decir, que mi padre no tiene ya, y que al llegar la hora de comer, no habrá ni puchero, ni aun frijoles.

Miseria quiere decir, que no habrá trages de muse-lina, ni zapatos de seda, ni nada....

Celeste comprendió en toda su extension lo que queria decir la palabra *miseria*, y se puso á llorar.

El padre, oyéndola, levantó la cabeza, y le preguntó tristemente:—Qué tienes hija mia?

La muchacha, sin saber acaso lo que decia, respondió:—Miseria.

El padre volvió á dejar caer la cabeza, y le pidió al cielo, con todo su corazón, la muerte para su esposa y para su hija.

La muchacha envolvió su rostro lloroso en el rebozo, y dijo para sí: Vale mas la muerte.

Las dos ideas coincidieron naturalmente. ¿No es el espectáculo mas doloroso que pueda presentarse, el de un padre saliendo ya del mundo, y una hija entrando en la vida, y ambos con el pensamiento terrible de la muerte, como único porvenir de felicidad, como el solo alivio de sus males?

Celeste entró así al mundo: cuando sus formas iban desarrollándose mórbidas y hermosas; cuando sus trenzas, creciendo siempre, caían en ondas sobre sus nevadas espaldas; cuando sus lindos ojos comenzaban á lucir con el brillo de la pubertad; cuando como una rosa fragante y galana se desarrollaba, su corazón estaba ya herido por la desgracia y el infortunio.

Llegó un día solemne para ella, y este fué aquel en que estropeado, moribundo, con todas sus antiguas heridas renovadas, vió entrar á su padre. El casero entró á cobrar la casa; otros mil acreedores se presenta-

ron, esperando acaso criminalmente, que si los infelices padres no tenían dinero, se resolverían acaso á presentar á su hija en garantía. La enfermedad de la madre de Celeste habia provenido de sufrimientos morales, que habian hecho retirar, por un fenómeno raro, la sensibilidad y el movimiento de una parte de su cuerpo: así permanecía acostada constantemente, sin facultad para moverse, ni para pensar: cuando veía á su hija, una sonrisa estúpida vagaba por sus labios, y esto partía el corazón de la muchacha. En cuanto al viejo, estropeado é inútil, conservaba en su pensamiento todo el vigor necesario, y creyó conveniente dar el último golpe, desapareciendo del mundo antes de tiempo, es decir, aislando su miseria y la de su familia. Mandó, pues, buscar un cuarto en la parte mas retirada y escondida de México, y sin comunicar á nadie su resolución, se mudó á él: allí fué donde Arturo visitó á Celeste. Una vez instalados en esta nueva habitación, Celeste comenzó á su vez á hacer lo mismo que habian hecho sus padres: un día amaneció, y como no habia dinero para la comida, sacó uno de sus vestidos, y llena de temor salió con él, y lo vendió á una vecina por lo que quiso darle. Esto alivió dos ó tres días la necesidad; pero la ropa se fué acabando, y día por día crecían las angustias de la muchacha, y la sombría desesperación del padre. Celeste se acordaba entonces vagamente de las lágrimas que derramaba su madre cuando salían el piano y los muebles de su casa, y decía también llorando: «Tenía razón.» Con una delicadeza angélica, ocultaba las lágrimas á su padre, y risueña como si

fuera muy feliz, y diligente como una abeja, preparaba sus frugales alimentos y los presentaba á los enfermos, diciéndoles: «Dios nos ayudará.»

Todo lo habia vendido Celeste; nada quedaba ya; ninguna de las vecinas podía prestarles nada, ni ella se atrevía á pedirles: esa noche el anciano y la madre se durmieron; Celeste se recogió y fingió dormir; pero toda la noche estuvo devorando las lágrimas, pidiendo á la Virgen en lo interior de su corazón, le inspirara una idea para dar de comer á sus padres al siguiente día: ella no habia comido, pero no sentía el hambre, pues estaba preocupada absolutamente con los sufrimientos de sus padres.

¡Quién puede figurarse posición, ni mas amarga, ni mas terrible, que la de una jóven que en la mañana de la vida se encuentra frente á frente con la miseria! Entre los espectáculos que han conmovido profundamente nuestro corazón, uno de ellos es el de esas muchachas cubiertas de harapos, de hermosos rostros juveniles, pero pálidos y desencajados, quizá por el hambre. Si meditaran un poco esas jóvenes que pisan alfombras y que van muellemente reclinadas en soberbios carruajes, sobre cuánta es la desgracia y cuán crueles los sufrimientos físicos y morales que padecen algunas criaturas dotadas de hermosura, pero que no tienen, ni goces, ni porvenir, ni esperanzas, y que se arrojan, acaso por la miseria, al camino torcido, echando un sello á su desgracia, formarían una sociedad para socorrer á estas infelices, para procurarles modo de trabajar honestamente y para quitarlas del riesgo

en que se ven de extraviar su virtud y vender su inocencia.

Celeste pensó toda la noche; y cuando los primeros rayos de la luz entraron por las hendeduras de la puerta de su cuarto, no tenía mas idea que la de *coser ajeno*; grande y único recurso con que creen las mujeres de la clase pobre de México, haber hallado la piedra filosofal. ¡Pobre recurso en realidad! pues que para ganar un miserable jornal, tienen que renunciar á su salud: el ejercicio de la costurera les acarrea enfermedades de pecho, muchas veces incurables.

Celeste se vistió, y sin hacer ruido, fué á la calle, gozosa con su idea; mas apenas anduvo algunos pasos cuando cambiaron naturalmente sus ideas: ¿adónde voy? ¿á quién conozco? ¿quién me dará á coser ajeno? Celeste no sabia las calles; los infames requiebros de los léperos la ruborizaban; tenia miedo de extraviarse, y de que mientras, sus pobres padres sufriesen el hambre, y además, la inquietud de no verla: al cabo de un momento se volvió á su casa llena de desconsuelo.

Aquel día, Celeste lo pasó con algunos tragos de un sucio caldo que dos vecinas le dieron; en la noche un delirio febril la asaltó, y el pensamiento de ¿qué haré para mañana? estuvo fijo, inmutable en su imaginacion.

Al dia siguiente se levantó con unas sombras meradas en los párpados, y con su linda cutis de seda empañada por la vigilia y la afliccion. Como el dia anterior, salió á la calle, y su primer pensamiento fué dirigirse á la iglesia: el primer pensamiento de todos

los desgraciados, es rogar á Dios. ¿Quién puede, en efecto, comprender, mas que Dios, los dolores íntimos y profundos de un aislamiento tan completo, de una miseria tan extremada? El rico, despues de haber comido, ¿podrá comprender que hay otros que tienen hambre? El que es feliz, ¿podrá comprender esos dolores sordos, que atormentan el alma, y que á veces conducen á algunos miserables al suicidio ó á la locura?

Celeste entró en una iglesia: hemos dicho que era muy de mañana: los rayos débiles de un sol velado con las nieblas, penetraban por las ventanas, é iban á morir en las columnas del tabernáculo: la lámpara ardía delante del sagrario; los saltaparedes modulaban sus religiosas notas, saltando por las cornisas y por las molduras doradas de los altares: todo estaba desierto, silencioso, y una gente llena de fé hubiera reconocido en aquel templo la presencia de Dios.

Si antes de entrar allí, hubiera pasado Celeste por un rio ó por un precipicio, se habria precipitado en él; la pobre criatura sufría mucho, y no era dueña de su razon en aquel momento.

Se arrodilló ante un altar; bajó la frente, y quiso articular algunas oraciones, pero le fué imposible; ninguna de las oraciones que su madre le habia enseñado, le parecia bastante enérgica, para que llegase á los piés del Señor. Se acordó del Padre Nuestro, de esa oracion llena de sencillez y de ternura, que el Señor mismo enseñó á sus apóstoles para que pidieran á su Padre; rezó un Padre Nuestro, y de sus ojos corrian abundantes lágrimas. Largo tiempo estuvo pidiendo á

Dios con sollozos el alivio de sus males, hasta que su corazón, henchido de pesar, se desahogó, como si hubiera estado en el seno de un amigo, ó de un esposo, porque en las grandes aficciones lloramos al pié del altar, figurándonos en Dios, como realmente lo es, el esposo, el padre, el amigo mas tierno.

Cuando Celeste salió de la iglesia, á pesar de que sus ojos estaban encarnados y sus mejillas algo extenuadas, se podia reconocer en ella cierta dulce tranquilidad; en efecto, la criatura salió con toda la resignación, con toda la virtud necesarias para soportar su desgracia. Le prometió á Dios en lo íntimo de su corazón no abandonar á sus padres, no extraviar su corazón, no vender su virtud ni sus caricias por el oro, y sufrir su doloroso martirio todo el tiempo que fuese necesario, aunque el plazo no hubiese de terminar sino con su vida. Celeste veía al través de ese velo de inocencia que la cubria, otro porvenir, otra vida, que no es dado ni columbrar á los que desgraciadamente tienen su corazón manchado con el contacto del mundo. Anduvo por varias calles, ya sin temor de los que pasaban, sin desconfianza de su porvenir, y con aquella seguridad que tiene el que ha concebido una esperanza cierta de alivio. En la casa que le pareció de mejor apariencia, entró, y no habiendo sido vista afortunadamente por el portero, subió hasta arriba, y preguntó por la señora: se le dijo que estaba vistiéndose, y que aguardara. Celeste aguardó de pié, y llena de ansiedad, en el corredor: cada minuto le parecia un siglo, pues pensaba que sus padres no se habian desayunado:

pero con todo, la esperanza no la abandonaba. Al cabo de una hora, una criada la introdujo en la asistencia; era una pieza alfombrada, en la que habia grandes espejos, ricos sofás de seda, y una hermosa araña de cristal colgada del cielo raso, donde estaba pintada al fresco, por Gualdi, la aurora y los genios de la luz. Celeste sintió una especie de temor al pisar en este blando pavimento; y al entrar á una habitacion, donde penetraba al traves de los transparentes cristales y de los cortinajes de muselina y seda, una media luz voluptuosa, lanzó un suspiro, pensando en el abandono, en la desolacion en que estaba su pobre cuarto. A poco apareció una señora gruesa, blanca, de robustas facciones, donde, á pesar de los cuarenta y tantos años de edad, se conocia la hermosura de que estaria dotada en los dias de la juventud; le preguntó con voz algo seca, quién era y qué se le ofrecia tan de mañana; y Celeste le dijo que tenia á sus padres en la cama, que deseaba coser ajeno, y que le suplicaba la favoreciera.

—Pero yo no te conozco; no sé quién eres, le contestó la señora; necesito que me des un fiador, porque ¿quién me responde de que no eres una de tantas mujeres perdidas, que se emplean en pegar chascos á los que se fian de su apariencia humilde? yo soy una mujer que tengo experiencia, y desconfio, porque no sería la primera vez que me sucediera un lance igual.

Celeste, al escuchar esta insultante familiaridad, sintió que la vergüenza la mataba, y cubriéndose el rostro con su rebozo, salia ya sin contestar una palabra, cuando tropezó con una jóven que venia por el corredor;

sus cabellos rubios y finos caían en desorden por su cuello; sus ojos azules brillaban con alegría, su cuerpo airoso tenía mas elegancia con una blanquísima bata de muselina, y su fisonomía risueña y expresiva anunciaba el placer y la felicidad.

En el momento en que la vió Celeste, le preguntó á su mamá:

—Quién es esta niña?

—Es una muchacha que busca costuras; pero como nadie la conoce, no podemos favorecerla.

Celeste se descubrió por un momento para componerse el rebozo, y entonces la jóven, que no era otra sino la bellísima Aurora á quien hemos conocido en el baile, notando su rostro angélico, replicó á su mamá:

—Esta es una buena muchacha, mamá, y si nadie la conoce, yo la fio; ve, y busca las costuras que tengas, y tráemelas.—¿Como se llama vd., niña? prosiguió Aurora, dirigiéndose á la muchacha.

—Celeste, señorita, contestó esta tímidamente.

—No tenga vd. temor ni cortedad; venga vd., le dijo Aurora, tendiéndole la mano y llevándola al sofá; mi mamá dará á vd. costuras, y yo la favoreceré en cuanto pueda.

Aurora instó á su mamá para que trajese las costuras, y esta, aunque con alguna repugnancia, condescendió con su hija, y entró en las piezas interiores.

—Vamos, Celeste, cuénteme vd., le dijo Aurora, teniendo siempre la mano de la muchacha entre las suyas: ¿es vd. tan desgraciada, que necesite trabajar para vivir?

—Mi padre y mi madre están enfermos en la cama, y yo no tengo mas arbitro que buscar costuras; pero como no conozco sino á personas que me daría vergüenza ocupar, he preferido entrar en la primera casa que se me presentó, y sin duda Dios me deparó la de vd.

—Pobrecita criatura! le dijo Aurora estrechándole la mano; aguardeme vd. un momento. Aurora salió á otra pieza, y casi al mismo tiempo volvió á entrar con un rebozo en la mano, de finísimo tejido.

—Vaya, Celeste, quiero que tenga vd. una cosa mia, para que se acuerde de que encontró quien la quisiera en el momento en que la vió. Aurora puso el rebozo nuevo en los hombros de la muchacha, y le quitó el que tenía, que, como debe suponerse, estaba casi inservible.—El rebozo de vd., niña, lo guardaré yo para tener á vd. presente.

Celeste comprendió la delicadeza de esta accion, y quiso llevar á sus labios la mano de Aurora; pero esta la retiró, hizo una muequecilla graciosa, é imprimió un beso en la frente de Celeste.

Hé aquí cómo Aurora hizo una caridad: las mujeres tienen para sus acciones buenas una delicadeza sin igual.

La señora salió al fin con algunas costuras, y dió á Celeste las instrucciones respectivas: Celeste se marchaba, dando mil gracias á la madre y á la hija; pero esta le dijo:

—Quiero que me acompañe vd. á desayunar; venga vd. Celeste fué introducida por Aurora á un elegante

comedor, donde estaba preparado un desayuno variado: chocolate, te, café, mantequilla, leche y bizcochos. Aurora quería que de todo tomase la muchacha, y le instaba con mil cariños y con la voz mas suave y expresiva que puede imaginarse. Celeste estaba comovida; comió poco, pensando que ella no debía hartarse, mientras sus padres tuvieran hambre, y á hurtadillas escondió los bizcochos, diciendo entre sí: «Para mis padres.»

Aurora, que la observaba, aunque se hizo disimulada, dijo para sí: Pobrecita! guarda los bizcochos para sus padres.

El criado que servia la mesa pensó que Celeste era una glotona; tenia una alma tosca y comun, y no podia comprender cuánto amor encerraba esta accion.

Celeste se despidió, por fin, de Aurora, la cual, en clase de anticipacion, y con la misma delicadeza, le dió algun dinero, recomendándole que cuando tuviese alguna urgencia, acudiese á ella.

Celeste salió de casa con los ojos llenos de lágrimas, y volvió á ella completamente feliz: de paso, compró hilo, agujas y otros útiles, á la vez que alimentos para sus padres.

Desde entonces comenzó para Celeste una época de felicidad; una parte del dia lo empleaba en hacer la comida, en asear la casa y en curar á los enfermos, y el resto en coser. De noche, mientras los ancianos descansaban, ella, con una vela delante, cosia sin cesar, para lograr mas utilidad, por una parte, y para halagar, por otra, á su protectora.

La casa en que vivia Celeste, hemos dicho que era de vecindad; en los cuartos bajos vivian entre la miseria y la suciedad, familias de artesanos, y las viviendas altas las ocupaban diversas personas. En una de ellas se reunian de noche, un teniente de infantería á tocar la guitarra y á acompañar canciones á tres muchachuelas alegres y vividoras; un practicante de medicina que llenaba los intermedios remedando animales, haciendo el tornito de monjas, y otras simplezas que pasan por gracias, y que hacian reventar de risa á la madre y á las hijas; un hombre bueno que contaba historias de muertos y aparecidos, y un fraile que tomaba sendos pocillos de chocolate, y que nunca faltaba á las meriendas de tamales y atole de leche, ó de fiambre del Portal de las Flores.—En otra de las viviendas se ensayaba una comedia casera: un licenciado hacia de Otelo y un capitán de Yago: la Edelmira era hija de un cesante, y los espectadores todos los vecinos y vecinas de las demas viviendas. Celeste fué convidada una noche á estas tertulias, á las que por compromiso asistió; pero bajó disgustada de tanto libertinaje y de tan poca educacion como reinaba en esas diversiones caseras, que, como cuadros de costumbres, procuraremos describir minuciosamente en el curso de nuestra novela.

Celeste se decidió, pues, á no volver á tener trato con las vecinas, y á encerrarse completamente en su casa; en las horas avanzadas de la noche, recordaba los zapatos de seda que se habia puesto de niña, y sus camisas de cambray batista, las modulaciones del pia-

no y los gorjeos de los pájaros. La voz del espíritu malo le decia, que con solo querer, tendria otra vez todos esos goces; y echando una mirada por las paredes sucias del cuarto, por el envigado desigual, le venia ánimo de tirar la costura, de dejar aquel incesante y penoso trabajo, y de salir por el mundo á gozar de opulencia y de placeres, sacando definitivamente á sus padres de tan dolorosa situacion; pero á poco recordaba aquel dia de afliccion en que entró al templo, lloró ante el altar, y salió, no solo consolada, sino que halló en Aurora una noble y generosa protectora. El espíritu bueno triunfaba entonces de Celeste; tomaba su costura, y con nueva resignacion se ponía á trabajar. Al dia siguiente se levantaba con las mejillas color de rosa, con sus virginales ojos llenos de alegría, con la sonrisa en los labios, como si hubiese reposado durante la noche en camas doradas y entre finas sábanas de lino. Cada vez que iba á casa de Aurora, volvía con nuevas costuras y con nuevas muestras de su generosidad: Aurora, por su parte, estaba encantada.

Un dia en que Celeste se dirigía á la casa de Aurora, un jóven, que visitaba á la opulenta señora, detuvo á la muchacha y se puso á hablarle en la calle. Aurora, que observó todo desde el balcón, ligera y frívola para amar, para hacer el bien, y aun para vivir, concibió la sospecha de que aquella muchacha la engañaba, y de que tenia inteligencias con el jóven, que aunque no era declaradamente su novio, le hacia la corte: tuvo celos, y mandó cerrar las puertas de su

casa para su protegida: el portero recibió orden de recogerle las costuras que trajera, y de decirle que por mucho tiempo no se necesitaria de ella.

Aurora á los dos dias se arrepintió de haber usado de tanta dureza para con una pobre niña, que acaso no era culpable; pero como no se acordaba exactamente de las señas de su casa, pasó la cosa así, y á poco tiempo, los teatros, los paseos, el lujo, los aduladores y los amantes de que estaba rodeada, le hicieron olvidar á la infeliz criatura.

En cuanto á Celeste, inocente de todo punto, no podia comprender el motivo de este desaire; pero como era demasiado delicada, no quiso poner mas un pié en la casa de Aurora. Su desesperacion fué grande: se vió privada de trabajo, y dia por dia fué vendiendo todo lo poco que habia adquirido, menos el paño que le habia regalado la jóven: el padre no queria desprenderse de la lanza de Morelos, y la hija, del rebozo de Aurora; y es que los dos amaban estas dos prendas con una especie de supersticion, y antes habrian muerto de hambre, que deshacerse de ellas.

Las noches de insomnio y de fiebre volvieron de nuevo para Celeste; hizo en dos ó tres casas la misma tentativa que en la de Aurora, y ni aun siquiera la escalera le dejaban subir los porteros: un dia se negaron todos los recursos, y Celeste no comió: al dia siguiente, débil, extenuada, salió á la calle á pedir limosna; encontró á Arturo, y ya el lector está impuesto de lo que pasó. Ya veremos las consecuencias que tuvo para Celeste la generosidad del jóven.